

LA GACETA DE SANIDAD MILITAR.

Madrid 25 de Junio de 1881.

MEDICINA PRÁCTICA.

SÍNTOMAS BILIOSOS EN LA PULMONÍA (1).

Pulmonía del vértice con síntomas biliosos.

José Parals Blai, de 20 años de edad, soldado del 2.º Batallón del 2.º Regimiento de Ingenieros, ingresó en la clínica el 16 de Marzo al tercer día de enfermedad, que se manifestó por un escalofrío general muy intenso, seguido de gran calor. Al sentir un dolor agudo en el costado fué enviado al hospital.

Día 19. En esta primera visita estaba inquieto, anheloso, la cara encendida, los ojos brillantes, quejábase principalmente de un intenso dolor en el costado derecho hácia la parte interna é inferior de la tetilla, Temperatura 39°,2; pulsaciones 110; respiración 28; sonido sub timpánico en la región infra-clavicular derecha, en el resto sonoridad; disminución del murmullo vesicular en la misma región y estertor crepitante claro en la supra-espinosa, esputos aireados, viscosos, rojo-oscuros, tos frecuente, ligera disnea.

Ventosas al sitio del dolor, digital, dieta y limonada á pasto.

Día 20. Se ha calmado mucho el dolor, los demás síntomas siguen lo mismo; adviértese un ligero tinte icterico en las conjuntivas, apénas se percibe en la piel. Hipecacuana á dosis emética.

Día 21. Se acentúan los síntomas biliosos, hay mayor intensidad en el color, ligero dolor en el hipocondrio derecho; el sonido pectoral se hace más grave; se oye por primera vez el soplo tubulario; sigue la broncofonía; el estertor crepitante está algo velado. Temperatura 40°, pulsaciones 125, respiración 35, orina encendida sin depósitos, cloruros disminuidos, densidad 1004. esputos herrumbrosos con cloruros abundantes. Agua de Loeches; pomada de belladona y mercurio al hipocondrio.

Días 22 y 23. Se repite el emético, hay abundantes vómitos de materiales biliosos y mucosos. Temperatura 40°, pulsaciones 125, respiración 35; soplo claro, broncofonía, desaparición del estertor crepitante; tinte icterico amarillo-verdoso; orina de color de tintura de ruibarbo, precipita en verde con el ácido nítrico, menos cloruros; los esputos son también escasos y de color verde amarillento; inquietud; síntomas adinámicos incipientes. Alcohol, quinina, vejigatorio.

Día 24. Por la mañana han rebajado todos los síntomas. Temperatura 39° 6, pulsaciones 120, respiración 30, el soplo es más velado, se oye algo el estertor de retorno; orina turbia mas pálida, menos cloruros, señales de uratos.

Día 25. Temperatura 39°, pulsación 110, respiración 25; orina jumentosa,

(1) Continuación de la pág. 323.

con grandes señales de uratos, pálida; se despeja visiblemente el enfermo, la respiración es más franca, los síntomas del pecho han rebajado; no se oye el soplo, en su lugar predomina el estertor crepitante de retorno; vuelven los esputos, con escasos cloruros.

En los días sucesivos avanza la convalecencia lentamente, y el día 30 está el enfermo en disposición de tomar media ración con vino; sólo el tinte icterico persiste.

Esta pulmonía del vértice, curada por los medios ordinarios, añadiendo los que reclamaba el estado bilioso, ha llegado felizmente á su término, pero visiblemente retardada, debido esto en mi juicio á la intromisión de aquéllos en el proceso pulmonar, exagerándose hasta el punto de hacerme creer en una hepatitis intersticial, con profunda alteración de la sangre por los principios de la bilis mezclados con ella.

Pulmonía de la base izquierda con síntomas biliosos.

Antonio Valle de la Sierra, soldado del Regimiento Caballería Lanceros del Rey, 4.º Escuadrón, entró en la clínica el 9 de Febrero de 1880 al tercer día de enfermedad. El día 6 sintió un gran escalofrío con dolores generales, gran sed, inapetencia y un ligero dolor en el epigastrio. Lo primero que se echa de ver es un tinte icterico bastante pronunciado. Quejábase de dolor fuerte en el costado izquierdo, había inquietud y variaba con frecuencia de decúbito. Temperatura 40°, pulsaciones 103, respiración 35. Se percibe un sonido sub timpánico en toda la base del pulmón izquierdo, y se oye un soplo intenso hacia la parte posterior; esputos característicos con un matiz ligeramente bilioso. Hípecacuana á dosis emética, digital y dieta, ventosas al costado dolorido.

Del 10 al 14. Siguen todos los síntomas con poca variación.

Día 15. Rebajan los síntomas pulmonares; pero persiste la ictericia, el dolor que del epigastrio pasó al hipocondrio derecho, y la saburra gástrica. Otra dosis de hípecacuana, agua de Loeches.

Día 20. Aparecen síntomas adinámicos, continúan los biliosos, la tos se hace escasa y los esputos casi nulos. Alcohol, caldo con vino.

Día 22. Ha hecho abundantes deposiciones bilioso-mucosas, se tranquiliza mucho el enfermo, mejoran los síntomas adinámicos, los neumónicos siguen bien; se restablece la tos y aparecen esputos característicos, fuera del color que tiende al amarillo, orinas jumentosas, cloruros abundantes. Temperatura 38°, 2, pulsaciones 90, respiraciones 20.

Como se ve, esta pulmonía no ha ofrecido un solo momento alteración en la marcha de sus síntomas genuinos, y claramente se deja ver que los biliosos han sido los que han entorpecido aquélla, y á los que me he dirigido con preferencia, porque la adinamia por intoxicación, amenazaba tomar vuelo; recorrido con lentitud el ciclo de la pulmonía, se han retrasado aquellos síntomas, que como la tos y la expectoración quedan los últimos como encargados, con la orina, de expeler los productos de deshecho, y la crisis representada por la fiebre no se ha verificado hasta el décimoséptimo día de la enfermedad.

Pulmonía biliosa de la base del pulmon derecho.

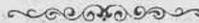
José Roselles Coll, soldado del tercer Regimiento Artillería á pié, entró en la clinica el dia 15 de Marzo del presente año: al siguiente dia de haber sentido el escalofrio inicial, se queja de un dolor en el costado derecho por bajo de la tetilla y hacia atras: dice que ha tenido muchas náuseas, pero que no ha llegado á vomitar. Temperatura 39°6, pulsaciones 111, respiracion 28; notable color icterico de la piel, semblante abatido, lentitud en las respuestas; sonido sub timpánico y algo á macizo claro en la parte posterior de la region inferior del pecho; soplo tubulario y notable disminucion del murmullo vesicular; tos, esputos característicos, orina clara, pocos cloruros; hace dos deposiciones liquidas de carácter bilioso.

Dieta de caldo, hipecacuana á dosis eméticas, digital y ventosas al sitio del dolor.

Esta pulmonía sigue exactamente las mismas huellas que la anterior; y la pongo aquí solamente por ser de la base del pulmon derecho, para que se vea en comparacion con la otra, que los síntomas biliosos no pertenecen exclusivamente á ésta por vecindad, sino que proceden de otra causa, siquiera no sea hoy muy conocida, que puede influir é influye realmente en toda clase de pulmonías por lo que al sitio anatómico respecta.

(Se continuará.)

E. FANOSA.



BREVES CONSIDERACIONES EN DEFENSA DE LA FIEBRE

Y SU UTILIDAD PARA EL ORGANISMO

POR

D. INDALECIO BLANCO Y PARADELA.

Modificadas las condiciones de la funcionalidad normal de un órgano, ó de toda la economia, por la impresion de una causa morbosa capaz de despertar la fiebre, ¿qué concepto debemos formar de ésta? ¿Es una reaccion contra la causa patogénica, antagonista de sus efectos, ó por el contrario, es un proceso destructor que une los suyos á los de su causa ocasional, sin que reporte al organismo utilidad alguna?

¿Dadas en un enfermo las causas de la fiebre, ¿ésta le es útil, ó perjudicial?

A pesar de cuantos argumentos se exponen contra el primer modo de considerar la fiebre, y de que todos tienden á demostrar que es un proceso que aniquila al organismo, gastando de un modo exuberante su masa y sus fuerzas, produciendo degeneraciones en órganos importantísimos, esenciales á la vida, aumentando la gravedad de las enfermedades locales, en cuyo curso aparece; intentaremos demostrar que toda fiebre, desde la efimera, que se desarrolla sin razon suficiente, al parecer, en un individuo, tan sólo por la introduccion

de una sonda en la uretra, hasta la fiebre hética de las caquexias, cualquiera que sea, es siempre útil y necesaria á nuestra economía.

Esta afirmacion parecerá demasiado absoluta, pues si bien su utilidad es manifiesta cuando disipa un estado nervioso ó cura una neurose, es dudosa, en la generalidad de los casos, y, ó esa utilidad no existe, ó está desconocida en la fiebre hética; pero en el estudio de la fisiología patológica, en el de sus causas y accion que éstas ejercen para desarrollarla, hallaremos razones que nos sirvan de apoyo y confirmen nuestro concepto de la fiebre.

De dos modos puede apreciarse ésta, bien como resultado directo de la causa morbosa, como su efecto primero y resultado que sigue y obedece á la impresion que ésta determina, ó bien como una reaccion que se desenvuelve contra esta causa y su primer efecto en la economía.

En el primer caso es perjudicial; coadyuva por sus efectos, harto destructores, á la accion perniciosa de la causa que le dió origen; en el segundo, á pesar de éstos, reporta utilidad oponiéndose á esa accion, ó á la misma causa que ataca la integridad material ó funcional de nuestra organizacion.

La fiebre no es resultado directo de la causa pirogénica (infeccion, frio, insolacion), como un grado mayor ó menor de destruccion de los tejidos lo es de una confusion; si así fuera, dada una cantidad de esta causa, siempre la fiebre desarrollada le sería proporcional, así como el magullamiento y lesion de los tejidos lo es á la cantidad de movimiento del cuerpo que en ellas choca; y eso está muy lejos de suceder: individuos hay que á la menor causa padecen una fiebre elevadísima, y en cambio otros, bajo la accion de causas muy abonadas para tener una gran fiebre, ó no la tienen, ó es insignificante y pasajera.

Sabemos muy poco. Autores respetables dicen que nada, acerca de la accion intima celular ó molecular ejercida en nuestra economía por las causas productoras de la fiebre; sin embargo, hemos de ver que éstas, por lo general, atacan la funcion más esencial á la vida, la nutricion, y contra este efecto opone el organismo la reaccion que estudiamos.

Estas causas son muy variadas, y aunque la accion de unas y otras aparece distinta, al provocar todas la fiebre, deben en el fondo producir la misma accion (1).

La fiebre es un fenómeno patológico perteneciente á la vida vegetativa, y ésta se halla constituida por la funcion de nutricion; en la fiebre se halla ésta exagerada en su esencia misma, en los cambios moleculares; de consiguiente, sus causas deben obrar atenuando ó dificultando éstos, pues si la reaccion es igual y contraria á la accion, siendo siempre idéntica la reaccion, debe ser única la accion, cualesquiera que sean las causas que actúan en la economía para desarrollar la fiebre; tan sólo varía con cada una el mecanismo que pone en juego para conseguir este resultado.

(1) En la fiebre su causa no es un gérmen ni un miasma, esto debiera llamarse su causa ocasional específica. En la fiebre la causa próxima es la alteracion que en el organismo produce la causa séptica, que á veces existe y se elimina, se asimila ó neutraliza sin producir su efecto. Hé aquí por qué en las epidemias, en que en el aire está la causa, todos lo respiran y no todos enferman.—(VARELA DE MONTES: *Piretologia razonada*.)

Cada uno de estos mecanismos debe estudiarse por separado con cada causa.

Vamos á condensar brevemente los principales cargos que se hacen á la fiebre, y con los cuales se ataca ó encubre al ménos su utilidad : procuraremos darles la importancia que realmente tienen , haciendo , no obstante, resaltar aquélla , si bien de nuevo diremos : «dadas las condiciones en que se desarrolla, ó la accion de las causas que secundariamente la producen ;» pues de otro modo estamos muy léjos de creer que nuestra economía gana algo con la fiebre, la cual lleva siempre consigo peligros y alteraciones considerables ; así es que si, á pesar de esos argumentos, sostenemos su utilidad, es porque, como demostraremos, evita un mal mayor : el de la accion antivital de la causa pirretógena.

Dice el primero : durante la fiebre está notablemente exagerado el gasto orgánico , y al propio tiempo disminuidas ó imposibilitadas las funciones digestivas, que preparan los materiales de reparacion. Aumentados los gastos, disminuidos los ingresos, el organismo está amenazado de próxima bancarota. Toda fiebre es fiebre héctica.

El calor que desarrolla la combustion febril, siendo muy elevado, aunque sea poco duradero , basta por sí solo para embotar las más importantes funciones de la economía , las de inervacion y las intelectuales, y áun otras , como las secreciones del tubo digestivo no dejan de ser por él modificadas ; si ese calor se prolonga, es causa muy abonada para determinar la muerte por parálisis cerebral ó cardíaca, causa muy frecuente de esta terminacion en las fiebres infecciosas.

Consecuencia del exagerado gasto que hay en la fiebre, y del calor que ésta desarrolla , sobrevienen en multitud de órganos importantes , degeneraciones, unas transitorias, permanentes otras ; degeneraciones grasosas del corazon, del hígado y otras análogas en el cerebro ; aquéllas determinan una perturbacion más intensa aún en la nutricion , siendo consecuencia de la del cerebro algunas veces la demencia , la pérdida de la memoria y debilidad del juicio, modificaciones del carácter y algunos otros trastornos de la sensibilidad y motilidad ; pero estas lesiones enumeradas, más que lesiones de órgano , lo son de tejido, y esa degeneracion del músculo cardíaco es peculiar en distintos grados de los demas músculos del organismo , las del hígado son análogas á las del riñon y otros órganos hematopoyéticos ; la sangre disminuye sus glóbulos y sus principios albuminoideos, y en general las lesiones resultado de la fiebre, puede decirse que están diseminadas en toda la economía.

Enfermedades muchos años latentes , como la tuberculosis ó el escrofulismo, encuentran una ocasion propicia en la fiebre para hacer sus primeras manifestaciones ; y en general, disminuida por la fiebre, la resistencia vital queda despues de ella el organismo desarmado, ó muy débil , para resistir las más ligeras causas de enfermedad.

¿Qué beneficio, se preguntará, reporta al pobre tísico la fiebre que de dia en dia le devora? Le extenua por el despilfarro orgánico que lleva consigo, aumenta su habitual disnea, y por completo le aniquila con la diarrea y los sudores del sueño. ¡Triste utilidad la de la fiebre! exclaman , y sin embargo

alarga los días del tísico, y esto que parece hallarse en oposición con lo que la clínica nos dice á cada paso de que un tuberculoso sin fiebre, vive, á pesar de sus tubérculos, mucho tiempo; y que resiste ya poco cuando ésta se presenta; si no sometemos á un análisis concienzudo y minucioso estos hechos, demostrarán evidentemente lo contrario de lo que afirmamos: Que la fiebre héctica prolonga la vida del tísico.

Este y cualquier individuo vive mejor sin fiebre que con ella, porque al faltar ésta es de suponer que faltan las causas que la determinan, cuya acción es siempre nociva; pero firmes en nuestro terreno, sostenemos y luégo probaremos que dadas en un tuberculoso, como en otro cualquier enfermo, las condiciones causales de la fiebre, ésta le es siempre útil.

La causa de ésta en este caso no es directamente la lesión local; ésta prepara las condiciones para su desarrollo, pero la fiebre no siempre le es proporcionada. En el noveno día de una pulmonía franca, dice nuestro Martín de Pedro, existen más lesiones en el pulmón que el segundo y cuarto, y sin embargo, en aquél no hay fiebre. Aquí terminamos cuanto puede decirse en contra de la fiebre; por lo expuesto se ve que sus detractores no aprecian en ella sino sus efectos antofágicos é hipertérmicos, sin fijarse en que por ésta resiste el organismo largo tiempo á causas que muy en breve producirían en él desórdenes incompatibles con la vida; y no sólo no la reconocen útil cuando, como en este caso, sostiene una lucha de la cual puede salir vencedora, sino que ni aun después de conseguido este resultado ven que la fiebre es una acción terapéutica natural desenvuelta espontáneamente en el organismo, que se opone á la que ejerce la causa ocasional de la enfermedad; neutralizados sus efectos por la fiebre no ven más que á ésta, y dicen: «Hé ahí la enfermedad, hé ahí el peligro, hé ahí lo que debemos combatir.»

Antes de pasar de las afirmaciones que dejamos hechas á la demostración de nuestras ideas acerca de la utilidad de la fiebre, necesitamos dar á conocer ésta, indicando sus causas, su génesis y fisiología patológica, para deducir de esto y de sus efectos su objeto, de cuyo conocimiento depende la noción de su utilidad ó perniciosidad.

Muchas definiciones se han dado de la fiebre, cada día aparece una nueva, y desde la que dió Galeno hasta la de Liebermeister (de Bale), todas indican como fenómeno esencial, ó característico al menos, el aumento de la temperatura de un modo permanente sobre el nivel fisiológico.

Acceptamos la que dió Martín de Pedro, que es muy clínica y está en armonía con sus brillantes concepciones acerca de la enfermedad, y nada presupone de su esencia, aún no bien conocida, y es la siguiente:

«Fiebre es una reacción orgánica aguda caracterizada por el aumento de calor, frecuencia de pulso y otras alteraciones funcionales.»

Esta reacción está constituida por una mayor actividad en las combustiones orgánicas y de los movimientos y cambios moleculares, á los cuales son consecutivos el aumento de la temperatura, de la frecuencia del pulso y los demás síntomas característicos de la fiebre. Así, pues, el fenómeno esencial en ésta, es el aumento de las combustiones, que no se halla en relación con las pérdidas de calor experimentadas por las diferentes vías de irradiación, evapora-

cion de agua, excreciones, trabajos del organismo y demas medios que gastan el calor por aquéllas engendrado, y como consecuencia natural aumenta la temperatura.

Por la accion directa del calor, por la disminucion de la presion de la sangre en los vasos y corazon, por la mayor atraccion que sobre ésta ejercen en los capilares los elementos anatómicos, cuyas funciones se hallan sobreactivadas, y por otros mecanismos estudiados en fisiología normal, prodúcese el aumento en la frecuencia del pulso.

Siendo mayor el consumo de oxígeno en la fiebre, la sangre ha de circular más rápidamente para tomar nuevas cantidades en el pulmon, y tambien para eliminar los productos gaseosos de esa combustion, ácido-carbonico, asi mismo han de ejercer más activamente el riñon y demas órganos hematopoyéticos su trabajo purificador, del cual son estímulo (mas ó menos directo) los productos excrementicios que por esas glándulas deben ser eliminados. El aumento en la frecuencia de la respiracion, paralelo con el del pulso dentro de ciertos límites, reconoce por causa la mayor cantidad de sangre que llega al pulmon, y la irritacion que en el centro respiratorio despiertan los principios de que se halla cargada; en general iguales causas que las del mayor trabajo de los demas órganos hematopoyéticos.

Por lo que dejamos indicado, se ve que todos los fenómenos que caracterizan la fiebre están subordinados al aumento de la nutricion, al aumento de los cambios moleculares que esencialmente la constituyen (1).

Este aumento de los cambios moleculares parece ser debido á la modificacion producida en el organismo por la causa de fiebre, pero aquélla se manifiesta por ésta, á la cual están subordinados los demas fenómenos.

Para Liebermeister la esencia de la fiebre está en una modificacion de la regulacion del calor, la cual tiene lugar para un grado superior al normal; no hacemos otra cosa que apuntar esta idea, que discutiremos en otra parte.

Para nosotros está constituida la fiebre por el aumento de las combustiones intersticiales con aumento de la temperatura; esto no es una definicion, apuntamos sólo los caracteres más culminantes de ese proceso.

¿Ahora bien, cómo se demuestra su utilidad en general?

Por la de los casos particulares, pues como la fiebre no existe como abstraccion, sino unida á un individuo, el cual le da un carácter ó sello especial, cada caso de fiebre tiene su etiología y sus condiciones de existencia, y en cada uno puede tener un objeto. Por esto demostraremos la utilidad en lo que pudiéramos llamar una fiebre local; esto es, veremos qué objeto tiene el aumento de la actividad nutritiva de un tejido ó punto limitado de la economía, luego el de la fiebre catarral, el de las fiebres de malaria, del grupo de las infecciosas, el de la séptica ó determinada por la inoculacion de un veneno ó de una ponzoña, y por último, determinaremos la utilidad y beneficiosos efectos de la fiebre héctica.

¿Fiebre local? Supongamos, como M. de Pedro, al estudiar la Fisiología pa-

(1) Aumento de nutricion, aunque predominan los actos de oxidacion ó desasimilacion.

tológica de la fiebre, una espina ó cuerpo extraño en una parte del organismo. ¿Qué accion ejerce este cuerpo extraño en medio de nuestros tejidos? Al penetrar en éstos, ha destruido mecánicamente algunos elementos histológicos, ejerce presion sobre otros, y su contacto, como el de todo agente exterior aumenta su irritabilidad normal; obra como irritante.

Esta primera propiedad de todo tejido, y mejor de todo elemento anatómico, presupone en ellos la existencia de otras dos secundarias, á saber: la sensibilidad, por la cual estos elementos perciben las causas exteriores que sobre ellos obran, y la propiedad de modificar su nutricion consecutivamente á la accion de éstas. Propiedad de reaccion, ésta parece hallarse subordinada á la primera, á la cual es siempre correlativa.

La reaccion en Fisiología celular es como en los cuerpos elásticos igual y contraria á la accion.

La irritabilidad se manifiesta bajo tres aspectos: funcional, nutritiva y formativa (Virchow). Claudio Bernard cree que esta última no es más que un aspecto de la nutritiva. Aumentada la irritabilidad de un elemento, aumentará su nutricion, su funcion y se reproducirá más; los cambios moleculares indispensables á éstas aumentarán, y producirá más calor, y se necesitará más oxígeno para reparar el consumido, y se producirá más ácido carbónico, más urea, etc. Para no salirnos de nuestro tema, no intentaremos averiguar el cómo se producen esas modificaciones en la nutricion de un elemento por la influencia de una causa exterior, el irritante fisiológico ó patológico, pero el hecho de esa modificacion existe; veremos su objeto.

Este no es otro que eliminar ó neutralizar al menos los efectos del cuerpo extraño á la vida de estos elementos orgánicos, cuando es un irritante patológico; concurrir por un aumento de trabajo á satisfacer ciertas necesidades del organismo, cuando sobre ellos obra un irritante fisiológico.

Al provocar ese cuerpo extraño la sobreactividad funcional nutritiva y reproductiva de los elementos histológicos con quienes está en contacto, y aún de otros más ó menos distantes, se consigue: que algunos de estos elementos mortificados se reabsorban si son susceptibles de experimentar las metamorfosis preliminares á la reabsorcion, pues que las células inmediatas, teniendo sobreactivada su nutricion, reclamando mayor cantidad de alimentos, se apoderan de los que debieran nutrir á esos elementos más ó menos mortificados, los cuales experimentan, por lo general, la regresion grasosa, para desaparecer luego absorbidos por los inmediatos; otras veces son arrastrados con el cuerpo extraño hácia el exterior, y el mecanismo de esta eliminacion es bastante sencillo.

Las partes irritadas por éste, aumentadas de volúmen, ya por efecto del acúmulo de líquidos que determina la inflamacion, por el aumento de volúmen y numérico de sus elementos, ejercen presion sobre la superficie del cuerpo extraño, y le arrastran hácia el punto que ofrece menor resistencia, hasta eliminarlo.

(Se continuará.)



M. LITTRÉ.

La Nacion Francesa acaba de perder una de las más vigorosas inteligencias que ha iluminado con sus vivos resplandores los anchos horizontes de la ciencia, durante casi todo el presente siglo. Despues de pérdidas tan irreparables como la de Claudio Bernad y Broca, la muerte de Littré ha hecho desaparecer el último genio colosal, que, á despecho de sus conveniencias y contra la corriente general de hipócrita opinion, ha proclamado que la verdad científica experimentalmente demostrada, es el único criterio y la fuente verdadera de la filosofía. M. Littré constituye toda una época, y se le considera verdadero fundador de la escuela positivista. La energía con que ha defendido sus ideas le han ocasionado persecuciones sin cuento, que ha sabido arrostrar con estoica resignacion. Su carácter dulce y afable, jamás fué envenenado por los acerados dardos de la calumnia, ni por las miserables armas de la sátira. La polémica que sostuvo contra un prelado, ilustre por su saber, le dió notoria celebridad; porque demostróla inmensa superioridad de su ciencia ante la pequeñez de los antiguos y tradicionales conocimientos. Como médico, dotó á nuestra literatura de una joya de inestimable valor en *Los comentarios de las obras de Hipócrates*. Como orientalista, supo hacer renacer estudios filológicos que yacían sepultados en la tumba del olvido. Como político, defendió siempre con mesurada prudencia la fórmula política que se halla más en armonía con el progreso de las ciencias sociales, morales, filosóficas y físico-naturales. De su pluma brotaron raudales de luz, inspiraciones de su brillante y fecundo genio, que supo imponer á todos los hombres amantes de las ciencias, áun cuando disintieran de sus opiniones políticas y filosóficas. La Academia de Medicina le abrió las puertas primero, y el Instituto de Francia acordó su eleccion despues, que fué contrariada con una tenacidad sin ejemplo por el Obispo de Orleans. Llegando hasta el punto de suspender su acuerdo el Instituto por deferencia al Prelado. Despues de un aplazamiento de dos años, la sabia corporacion francesa acordó decididamente admitir en su seno á este talento sin rival, y ciudadano sin tacha, y el Obispo de Orleans hizo pública dimision de su elevado cargo de miembro del Instituto. Varios conflictos de este género tuvo que arrostrar Littré durante su laboriosa y agitada vida. La Cámara de Diputados le eligió para el cargo de Senador vitalicio, que ha desempeñado hasta el día de su muerte, habiendo defendido constantemente la política trazada por M. Thiers. Los periódicos franceses nos dan las siguientes noticias de su entierro.

«El día 4 de Junio se celebraron en París las exequias de M. Littré. A las once y media, los alrededores de la casa mortuoria estaban poblados de una muchedumbre inmensa. El ataúd, cubierto con las insignias senatoriales del difunto, y rodeado de coronas, entre las cuales destacaba una de siemprevivas con una inscripcion alegórica.

Un batallon del 76 de línea, con su música á la cabeza, y con crespon en la bandera, prestaba el fúnebre servicio.

Entre los concurrentes al acto distinguianse M. Julio Ferry, presidente del Consejo de Ministros; M. Barthelemy Saint-Hilaire, ministro de Negocios ex-

tranjeros; M. Cazelles, representante del ministro del Interior; M. Leon Say, presidente del Senado, y muchos senadores, algunos miembros de las doctas corporaciones de París y los redactores de la *Revista de Filosofía positivista*.

A medio día el comandante Frayet, representante del Presidente de la República, se puso á la cabeza del fúnebre cortejo con M. Lacoste, hermano de M. Littré. Seguían los miembros de la familia, las delegaciones del Senado, del Instituto, de la Academia Francesa, de la Academia de Medicina, de las logias masónicas, etc. etc. Llevaban las borlas del féretro los señores Renan, Pavet de Courteille, Leuvel, Denormandie, Dechambre y Legouest.

Mme. Littré y su hija querían acompañar también al cadáver á su última morada; pero el dolor y la emoción les embargaban de tal suerte, que no pudieron cumplir sus deseos.

El cortejo, al cual se habían unido algunos sacerdotes y una delegación de los Huérfanos de Anteuil, se encaminó á la iglesia de nuestra Señora des Champs.

La puerta principal de esta iglesia estaba cubierta con paños negros, en los cuales se destacaban las iniciales del difunto. En el interior pendían de las ojivas de la nave principal, negros cortinajes. Delante del coro se elevaba un catafalco rodeado de luces. M. Cognat, cura de la parroquia, precedido de algunos sacerdotes que llevaban cirios, recibió el cuerpo del difunto á la entrada del templo.

Muchos religiosos de diversas órdenes, y algunos sacerdotes, habíanse situado en la nave ántes de la llegada del cortejo. Colocado el ataud sobre el catafalco, el señor cura Cognat dijo la misa.

Varias personas distribuían ramos de siemprevivas que todos se colocaban en el ojal de la levita.

Una vez terminada la misa, volvió á formarse el cortejo, y se dirigió al cementerio Montparnasse, á cuyo punto llegó á las dos.

El ataud fué colocado en un nicho provisional, y cuando hubieron terminado las ceremonias religiosas, las Diputaciones pasaron por delante de la tumba. Despues se adelantó M. Wirouboff, y pronunció el siguiente discurso:

«La familia de Littré ha querido guardar silencio ante su tumba. Estaba en su derecho, y este derecho ha sido respetado. Las Diputaciones se han retirado sin pronunciar una palabra de despedida al hombre eminente, á quien se acaba de dar sepultura. La familia filosófica tiene ahora el derecho y el deber de pronunciar algunas palabras.

»Estad seguros de que no hablaré de filosofía: quiero sacar tan sólo de esta prolongada y gloriosa existencia, que pertenece á todo el mundo, y que todo el mundo puede admirar, dos enseñanzas útiles: Littré ha demostrado con el ejemplo, que se podía tener un corazón noble y generoso, adhiriéndose al mismo tiempo á una doctrina que no admite nada que esté fuera de la realidad, y que esta doctrina impedía los retrocesos hacia el pasado. Porque, señores, á pesar de engañadoras apariencias, Littré ha muerto como ha vivido, sin contradicciones ni desfallecimientos.

»Todos los que habeis conocido aquella alma tranquila y serena,—y yo me enorgullezco de pertenecer á ese número—saben perfectamente que estaba ce-

rrada de un modo irrevocable á lo *incognoscible*, y que aceptaba con valor las ineludibles necesidades de las leyes naturales.

»¡Y ahora duerme en paz, altivo y noble pensador!

»No tendrás la eternidad de ultra-tumba, que no esperabas; pero dejas tras de tí tu país, al que has servido honradamente; la República, á la que siempre has amado; una generacion de discípulos que te serán fieles; legas, en fin, á todo el mundo tus ideas y tus virtudes. La inmortalidad social, la única bienhechora y fecunda, empieza para tí desde hoy.»

El día 7 del actual celebró sesion la Academia de Medicina de Paris, y el presidente M. Legouest, Inspector de Sanidad militar, anunció la muerte de M. Littré, añadiendo las siguientes palabras:

«Segun las disposiciones testamentarias, no ha debido pronunciarse discurso alguno sobre la tumba de M. Littré. Así lo ha querido este sabio literato y filósofo modesto, llevando su modestia más allá de la vida. Séanos permitido, sin embargo, rendir un homenaje al traductor, mejor dicho, al comentador de las obras de Hipócrates, de las que ha hecho un libro contemporáneo, al universal saber de este médico, á su poderoso talento, á la sencillez y mansedumbre de su carácter. Debo consultar á la Academia si se halla conforme que por respeto y cariño á la Memoria de M. Littré, se levante la sesion pública en señal de luto.»

La Academia así lo acordó por unanimidad.

Varios individuos pertenecientes á la *Revista de Filosofía positiva* han hecho una mocion para que se levante una estatua al Dr. Littré en uno de los puntos principales de la villa de Paris. En el Ayuntamiento ha sido bien acogida esta idea, expresando el Presidente que tan alta gloria de la ciencia moderna es hija de París, y que esta ciudad debe honrar dignamente su memoria. Es de esperar que la clase médica de Francia se adhiera al pensamiento de los filósofos positivistas, porque bien conocidos son los sentimientos de patriotismo científico de nuestros compañeros allende el Pirineo. Estas ideas nos recuerdan la indiferencia que domina en nuestro país, cuando se trata de perpetuar la memoria de nuestros grandes hombres de ciencia. A pesar de las excitaciones de una parte de la prensa médica, entre la que tiene la honra de contarse la GACETA DE SANIDAD MILITAR, el proyectado monumento al recuerdo de D. Pedro Mata, legitima gloria de la Medicina española, yace en el más completo olvido.

La Nacion que no siente legitimo orgullo y entusiasmo por sus grandes hijos, no es acreedora á merecerlos.

MODESTO MARTÍNEZ PACHECO.



COLECCION BIO-BIBLIOGRÁFICA

DE ESCRITORES MÉDICOS ESPAÑOLES. (1)

BARTOLOMÉ HIDALGO DE AGÜERO.

Peritísimo cirujano de la ciudad de Sevilla fué este renombrado varon, quien se halla señalado en los anales de la ciencia con el sobrenombre de EL PAREO ESPAÑOL, porque con su saber provocó una verdadera revolucion en la práctica, y tuvo por ella la nombradía del francés, oponiéndose con el éxito de ella á la vía comun en que por aquel entónces se juzgaban las heridas; inventando su *vía particular* y método natural; combatiendo la destemplanza con que se usaba del arsenal quirúrgico y escribiendo un *Tesoro de la verdadera Cirugía*, que no desdice de su nombre: el cual tiene la ventaja de exponer en resúmen las ideas que en pró y en contra de este método natural se manifestaban en aquella época quirúrgica, en las que se partían las opiniones de los médicos y cirujanos que la alcanzaron; exposicion breve en forma de polémica verdaderamente notable sostenida por AGÜERO contra el afamado FRAGOSO, Cirujano de Felipe II, que examinaremos en la obra de nuestro práctico, y que tambien puede verse en la de su opositor (2).

DAZA CHACON, echando los cimientos de la legítima nocion de la verdadera naturaleza de las heridas de arcabuz, y recomendando las curas tardias, y el consejo de que, «ni todas aquéllas se han de ampliar, ni todas las balas se han de sacar,» y AGÜERO, con su método natural, y *vía particular* en la curacion de las heridas en general, pueden tenerse por principales fundadores del método llamado *español*, cuya utilidad fué en tiempos reconocida hasta por los mismos franceses despues de la guerra de la Independencia (3).

Mas no por esto se crea que las obras extranjeras den luz ni guía sobre tan legítima gloria nuestra; pues sólo en ellas se halla levisima nocion de la época en que floreció AGÜERO, y el titulo, y no más, de algunos de los tratados que escribió. De las escasísimas nuestras de la especialidad, poco ó nada hay que esperar, y aún el mismo FERNANDEZ MOREJON incurre, como verémos, en notables omisiones é inexactitudes, y son muy superficiales el comentario é indicaciones críticas que hace de los escritos de nuestro ilustre Doctor, así como tambien hemos de advertir equivocaciones en la bio-bibliografía que le dedica Chinchilla. Afamados autores extranjeros, que en obras extensas conquistaron gloria, desconocen por completo el nombre y escritos del reputado cirujano, Doctor HIDALGO DE AGÜERO. Los pocos que de los citados escriben de este práctico hispanense, conocen el nombre de la menor parte de sus obras, y meramente refi-

(1) Continuacion de la pág. 325.

(2) FRAGOSO. *Cirurgia Universal*. Alcalá de Henares, 1621.

(3) El Dr. BLAQUIERE. (Tesis inaugural de 1815, ante la Academia de Medicina de París.)

riéndose á otro español que hizo una obra monumental (1). Sin mencionar los libros, en que nada se dice del sevillano objeto de este tratado, trascribiremos las frases que le dedican ó copian algunos autores.

MANGET, médico y erudito bibliófilo prusiano (2) dice: «Ea præsertim Chirurgicæ peritiæ felicitatisque in quibusvis vulneribus curandis apud suos inclaruit fama.... *Vulgata fuit ad posteros ævi illius hæc persuasio; qua ducti ejus gregis plures, qui ob leviam quæque hac in urbe quam alibi frequentius, ad arma pervotare solent, Deo se ac doctore Hidalgo commendator velle,*» notando, despues, con claridad, la polémica que tuvo nuestro autor con FRAGOSO, y la época de su muerte, y citando á N. ANTONIO. De obras de AGÜERO, está el TESORO, LOS AVISOS y LA RESPUESTA. DEZEIMERIS, OLLIVIER y RAIGE DELORME (3), refiriéndose al propio ANTONIO, dicen en sustancia que AGÜERO fué un gran cirujano, al que la crédula simplicidad del vulgo atribuía poder sobrenatural, y que realmente fué uno de los restauradores del método de la reunion de las heridas por primera intencion.

ELOY dice que gozó de la mayor reputacion en el siglo XVI, y que tenia raros conocimientos en Cirugía, citando con toda exactitud la época de su fallecimiento (4).

Los españoles CODORNÍ y LA RUBIA, en su *Comp. de la Hist. de la Medic.*, dicen que AGÜERO fué célebre en su siglo, y que mereció el sobrenombre de *El Pareo español* por las aclamaciones de que era objeto en el campo de batalla; mas no está comprobado esto, siendo más probable, que tal creencia tuviese origen en las reyertas de los valentones, soldados é hidalgos, en las calles de Sevilla, que como muchas otras de varias ciudades de toda Europa, eran entónces teatro de sangrientos sucesos, particularmente de noche, máxime en nuestros pueblos meridionales; teniendo por diario incentivo las pasiones y los vicios, y por actores gente levantisca y aventurera, ó bravos caballeros de capa y espada. Cuenta el yerno de Agüero, en el prefacio de su principal obra, que era tal el éxito del método del autor, que los camorristas no temían ser heridos, y que se encomendaban á Dios, y al Dr. Agüero. De este indicio están tomadas las frases de ANTONIO y copistas. El Sr. LLACAYO, en su ya citado libro de *Manuscritos de la Biblioteca del Escorial*, dice que AGÜERO estableció los principales fundamentos de la Cirugía conservadora.

Nació el Doctor HIDALGO DE AGÜERO en la ciudad de Sevilla, en la que siguió sus estudios, siendo uno de los discípulos de los Doctores Cueva ó Juan de Cuevas y Cuadra, ó Alfonso La Cuadra, que una y otra cosa dicen los biógrafos. No bien terminó su carrera, dió principio al estudio de un nuevo método de cura de heridas, que luego llamó *via particular*, el cual consistía, en oposicion á la práctica y escritos de algunos de su época, en no dilatar aquéllas, ni trepanar, ni usar digestivos; en usar los medios de reunion; en emplear los de-

(1) Nicolás ANTONIO. *Biblioth. vetus et nova hispan.* Matriti, 1783.

(2) *Biblioth. scrip. medic.* Genevæ, 1731.

(3) *Dict. histor. de la Medec. antiq. et mod.* Paris, 1834.

(4) *Dictionn. hist. de la Med. antiq. et mod.* Mons, 1778.

secantes y aglutinantes, poniendo las lesiones sencillamente á cubierto del aire.

Desempeñó nuestro cirujano en su ciudad nativa una cátedra de cirugía, teniendo discípulos que fueron muy partidarios de su vía, como PONCE DE LEON, quien en su obra de apostemas, refiere que en cuatro años que con su maestro practicó en Sevilla, habia curado en ella más de tres mil heridos. Véase cómo algunos han creído que AGÜERO habia curado en los campos de batalla, por serlo sin duda, entónces las calles de la ciudad de San Fernando.

Al ocupar AGÜERO la cátedra de Cuevas, por fallecimiento de éste, comenzó el crédito y brillo de su método. FRAGOSO, no ménos notable cirujano contemporáneo, sistemáticamente opuesto á los elocuentes progresos del método natural, trabó con aquél brava polémica, saliendo de ella triunfante AGÜERO, segun los criticos. Fácilmente se comprende la desventaja con que luchó el cirujano de la córte al leer las disertaciones de ambos contrincantes, como veremos.

Acostumbrados ya estamos á leer lo que de los escritos de AGÜERO dice MOREJON, quien asevera, que habiendo aparecido los escritos de aquél referentes al nuevo método de curar heridas mucho más de un siglo ántes que la obra de César MAGATO titulada: *De rara medicatione vulnerum* (1833), en cuya obra se copian las doctrinas del español, se comete en ella tal falta, que ni siquiera se le cita.

HIDALGO DE AGÜERO, hecho ya célebre su nombre en los fastos de la Cirugía, y despues de haber escrito varios tratados, que no publicó, falleció á los 66 años, en 5 de Enero de 1397, segun claramente se lee en la portada de una de las ediciones de sus obras, la única de que sepamos fué adornada con su retrato, en la cual puso un epitafio el DR. GULLEN, abogado y su yerno, cuya composicion explica todo lo dicho.

Todos los tratados de AGÜERO fueron publicados en un volúmen *in folio*, del cual conocemos tres ediciones, los cuales fueron reunidos bajo el título de *Tesoro de la verdadera Cirugía*, y *Via particular contra la comun*, título que no es de obra ni tratado suelto, como quiere un autor.

MOREJON cita tres ediciones de esta obra, á saber: Sevilla, 1604, fol. Barcelona, 1624, en 4.º, Valencia, 1634, fol., las cuales hemos examinado y comparado.

La primera existe en la Facultad de Medicina de esta Córte. Lleva, en primer término un ENCOMION, del dicho GULLEN, que empieza asi:

Vulnera curandi qui non bene calluit artem
Hidalgum focerum perlegat ille meum
Qui citò, qui tutò, qui vult curare jucende.....

Y termina de este modo:

Perpetuo laudes fertque, refertque, tuas.
Vivet in æternum clarum cognomen Agüeri.
Heu jacet Hídalgu; fama superstes erit.

Frases que convencen de que la obra fué póstuma. A vuelta del fólío hay un epitafio, que sólo existe en esta edicion, en el que se ve, cómo nuestro autor

era natural de Sevilla, de noble estirpe, afamado inventor de un método de cura, de grandes prendas morales é intelectuales, y elocuente, y que el epitafio lo compuso GULLEN, más una inscripcion final, en la que se lee el fallecimiento, y á qué edad.

Aparece despues un retrato de AGÜERO, abierto en madera, que tampoco existe en las otras ediciones, en el que se le representa en el último año de su vida al lado del blason de familia y en actitud de estar disertando, puesta la mano izquierda sobre una calavera.

Existe la segunda de las dichas en la Biblioteca Nacional, y está dedicada al Doctor Diego HEXARCH Lleva, como las demás, censura de DAZA CHACON, quien por especial encargo de Felipe II hizo exámen de la obra, firmándole en Madrid á 25 de Marzo de 1596. Especial circunstancia de esta edicion, es que tiene la aprobacion y licencia del Dr. BOSSER, Protomédico de Cataluña.

Hállase tambien la tercera en la Facultad de Medicina de Madrid, y se diferencia de las anteriores en llevar en su portada una viñeta que representa á San Cosme y San Damian, y en llevar en valenciano la licencia de impresion. Está enteramente completa, (lo que no sucede á la primera, en la que falta el tratado del tabardillo), aunque sin el retrato del autor, ni el elogio ni epitafio de GULLEN.

Por ser completa de texto, vamos á dedicar nuestro exámen á esta edicion.

Tesoro de la verdadera Cirugia y Via particular contra la comun. Valencia, en casa de Claudio Macé, 1634.

Despues de la viñeta de los Santos Cosme y Damian, aparece la censura del Licenciado DAZA CHACON, que ya se titula Médico y Cirujano de la Majestad del rey Felipe II, en cuya censura se lee que el libro es docto y de mucho trabajo. A fólío vuelto, y en valenciano, está la licencia de impresion para el editor Crispin Roman, firmada por el entónces *Arzobispo y Capitan general* de la ciudad y reino de Valencia, Fray D. Pedro de Urbina. Viene luégo un corto proemio del Doctor Ximenez GULLEN á los lectores, despues un soneto á Sevilla y otro al autor, anónimos, empezando el segundo

Doctor ilustre, honor del patrio nido....

Y despues de verso latino y lista alfabética de cosas notables, empieza el

Tratado primero.—De la Verdadera Cirugia.

El cual resume todo el método de AGÜERO. Dicen los autores que este tratado tiene 58 capítulos, y que se titula: *Avisos de Cirugia contra la comun opinion*, y alguno hay que expresa, que de esos 58 capítulos, los 50 son de *Avisos*.

Son éstos en número de 51, y despues de ellos se ven varios *Casos prácticos* y *Cuestiones* hasta el 74.º, siendo el 75.º, y siguientes hasta el 77.º, ó último, interesantes párrafos sobre dislocaciones y corcovas, piés tuertos, etc., con lo cual termina el dicho tratado primero, del cual dice MOREJON que sirve al autor para presentar su método, como es cierto.

(Se continuará.)



BIBLIOGRAFÍA.

Tratado de Termometría médica, Termofisiología, Termopatología, Termosemeiología y Termacología, por D. Nicolás Rodríguez y Abaytua, Doctor en Medicina y Cirugía, ex-secretario de la Sección de Medicina de la Academia Médico-quirúrgica Española; con un prólogo de D. Mariano Salazar y Alegret, médico de número del hospital de la Princesa, presidente de la sección de Medicina de la Academia Médico-quirúrgica Española, etc. Obra acompañada de láminas litografiadas. Madrid, 1881.

PRIMERA PARTE.

Cada vez que en el campo de la Medicina patria aparece una obra original, alégrese por todo extremo mi corazón, y regocíjase mi alma al disfrutar con la esperanza de que en breve llegará aquel dichoso día en que acá en la tierra de los Villalobos, Lobera de Avila, Hidalgo de Agüero, Valles, Cristóbal Perez de Herrera, Daza Chacon, Morejon y Pedro Mata, volverá á resplandecer el astro de nuestra regeneracion científica, sin que humillados hayamos de mendigar á extranjero suelo, lo que en el nuestro se ha producido tan abundantemente en otras épocas, en que á la par que dábamos leyes al mundo, y nuestra literatura era espejo en que se recreaban otras naciones, nuestros escritos médicos se leían con avidez, se traducían y comentaban, y sus autores eran solicitados con afán, ya para maestros de sus cátedras, ya para cuidar de la salud de Papas, Reyes y Emperadores. ¡Qué se hizo de grandeza tanta! No es mi objeto expresarlo aquí; causas de todos conocidas han hecho que vengamos tropezando de día en día, hasta caer en el marasmo y en la anemia que nos ha postrado apenas sin movimiento y sin vida. No es debido esto, seguramente, á que carezcamos de médicos, filósofos y clínicos que puedan competir con los mejores del extranjero; hablen por nosotros los esclarecidos y reputados escritores clínicos y sabios médicos españoles de la primera mitad de este siglo, y con sus obras acreditarán mejor que pudiéramos hacerlo en estas breves líneas, que si aparecemos tributarios de lo que nos dan los extranjeros más ó ménos autorizado por la voz de los maestros, ó analizado en sus laboratorios y clínicas, es debido simplemente á la moda ántes que á fundamento lógico y razonado.

No cabe pequeña culpa á la sociedad moderna, que dejándose dominar por todo lo exótico, halla bueno cuanto procede de allende el Rhin, el Pírineo ó el Canal de la Mancha, y mediano, cuando no malo, lo que aquí ha tenido origen. Asimismo, es también responsable de este desden hácia todo lo nuestro el Gobierno, que, distraído, sin duda, por causas y atenciones superiores, no pone en la enseñanza cuanto debe y puede, dedicándola preferente atencion hasta colocarla al ménos al nivel de la de otras naciones, suprimiendo lo supérfluo, que no es poco, creando mucho que nos hace falta, sobre todo en el estudio de las ciencias; organizando lo que hoy se llama *allos estudios*, que no representan en el extranjero más que una ampliacion que en cada escuela lleva hasta los límites de lo posible la experimentacion en el estudio de las ciencias, en labo-

ratorios, gabinetes, anfiteatros y clínicas, dotados abundante y generosamente con todos los medios capaces de rendir un provecho práctico y tangible.

Paséme este desahogo en fuerza del buen deseo que me anima, porque quisiera ver en mi patria alentadas las muchas esperanzas que se agitan, y las grandes inteligencias que se desarrollan á la sombra del frondoso árbol de las ciencias, y que decaen en el cansancio de la lucha por no vislumbrar un horizonte más claro, que prometa un término á tanta fatiga, y á desvelo tanto.

Benevolencia no mas encontrará en mí, y quisiera que en otros sucediera lo mismo, todo autor español, que lleno de fe en la ciencia, y de amor al estudio, publique obras en nuestro hermoso idioma. Con estas ideas, y estos propósitos, comencé á leer la obra de *Termometría médica* del Sr. Rodriguez Abaytua; pero á medida que fui avanzando en su lectura, bien pronto conocí que para nada necesitaba mi benevolencia quien, como él, se entra valientemente por el terreno de la fisiología, la patología y las ciencias auxiliares, y escogiendo con delicado criterio y con docta erudición lo que mejor conviene á la materia que va á tratar, traza con arrogancia y seguridad el plan de su obra, allega los materiales más ricos, y emprende la edificación con un lujo de conocimientos teóricos y prácticos, que bien pudieran ser asimismo la base para una obra clásica.

Los que hayan leído las monografías del mismo género de Wunderlich, Traube, Da Costa Alvarenga, Redard, y otras, si es que las hay mejores, nada echarán de ménos, ántes al contrario advertirán muchas innovaciones y mejoras en algunos capítulos de la del Sr. Rodriguez Abaytua; porque ha reunido en ella lo más selecto que hoy admite la ciencia en investigacion clínica, en fisiología patológica, en patología general y en hechos y teorías.

No me ligan al Sr. Rodriguez Abaytua otros lazos que los del compañerismo, ni aún tengo la honra de conocerle personalmente, por más que me considerara dichoso si me dispensara su amistad. Esto me coloca en el trance de ser todo lo imparcial posible en la para mí enojosa tarea de criticar su obra, cuya mision debo á ser redactor de esta GACETA, y un tanto aficionado á los estudios clínicos, y sobre todo acérrimo defensor del termómetro como medio seguro de llegar más fácilmente al diagnóstico en multitud de enfermedades.

El método que el Sr. Rodriguez Abaytua sigue en su obra, el plan que adopta, y las aplicaciones prácticas que enseña son de gran originalidad, por más que los principios fundamentales estén tomados de lo que reputados autores clásicos nacionales y extranjeros tienen asentado como lo más incontrovertible, hasta los límites que hoy alcanza la ciencia. La forma es en extremo agradable, y su lectura, para el aficionado á esta clase de estudios, interesa tanto como una leyenda de cualquiera de nuestros más afamados literatos. Los hechos que presenta, comprobados por la observacion y la experimentacion, llevan el auténtico sello de la verdad, porque unos los ha presenciado el mismo Sr. Rodriguez, y otros los ha tomado de obras ó historias clínicas de fisiólogos y prácticos concienzudos, que hacen diariamente trabajos en gabinetes, laboratorios y hospitales, y este es acaso el principal mérito de la obra, que todo lo que debe ser práctico lo es, y está además analizado y detenidamente estudiado por el autor.

Paso á ocuparme del libro en particular.

Despues de una introduccion, en que rápidamente pasa revista á los instrumentos auxiliares de la investigacion clinica, y proclama el método analítico como el mejor para el estudio de las ciencias; se fija y detiene particularmente en el termómetro clínico, y con el sentimiento propio del que profesa amor entrañable á la ciencia que cultiva, se lamenta, porque de lamentar es realmente, del poco aprecio que hasta ahora se ha hecho de tan interesante medio clínico. Me felicito una y mil veces que en libro tan serio y tan bien pensado se viertan ideas que en alguna otra parte he vertido, lamentándome, como el Sr. Rodríguez Abaytua, de que se haga tan poco uso del termómetro por los clínicos; pero así como de diez años á esta parte se ha extendido aquel instrumento hasta usarle hoy en casi todas las clínicas de alguna importancia en España, y entre muchos médicos particulares; abrigo la conviccion de que ántes de poco tiempo se hará de uso general, y *con la perseverante constancia y firme voluntad que tan propia y personal es del Sr. Rodríguez Abaytua*, como dice el ilustrado médico que ha escrito el prólogo de su obra, y el buen deseo de otros clínicos que defenderán al termómetro, con mayor copia de datos, de las calumniosas imputaciones que se le dirigen por los partidarios del quietismo científico; espero hemos de salir triunfantes, porque cada día ganamos terreno, y tenemos de nuestra parte á la juventud laboriosa, que hoy no ve en clínica con claridad, si no lleva por delante el trazado esfigmográfico, la curva térmica, las impresiones de la respiracion, la mensuracion, el eusayo y hasta el análisis de la orina etc. etc. etc.

Con ingenio y valentia se defiende el Sr. Rodríguez Abaytua, en el prólogo, contra los argumentos que dirigen al termómetro los que rechazan tan útil instrumento clínico; argumentos que destruye por completo y que en mi juicio sólo se hacen en defensa de la pereza, que se opone á aumentar con un instrumento más, dicen sus detractores, los muchos que ya hoy tiene que usar el práctico.

Son dignas de estudio las conclusiones prácticas, que á modo de corolarios, vienen en la introduccion; las enumerarémos solamente para que se estime su alta importancia sin entrar en su análisis. que sobre ocuparnos un gran espacio, quitaría á los lectores de la obra el placer de recrearse en su estudio.

- *El estado de la temperatura no puede ser simulado ni disimulado.*
- *La simple modificacion de la cifra del calor hígido es suficiente, sin otros síntomas, para denotar una perturbacion del organismo.*
- *La elevacion de la temperatura mas allá de un cierto limite, representa el solo síntoma patognomónico de la fiebre.*
- *El descenso de la temperatura por debajo de un determinado limite constituye el solo síntoma cierto de la algidez.*
- *La mensuracion metódica y bicuotidiana de la temperatura permite descubrir con más certeza que ningun otro medio de diagnóstico la especie nosológica.*
- *Por el grado marcado por el termómetro se viene en conocimiento de la intensidad y gravedad de la afeccion.*
- *El termómetro es el solo indicador fiel de la crisis.*
- *La aplicacion del termómetro á la patologia resuelve las más importantes cuestiones que el práctico necesita conocer.*

«*La apreciación de la temperatura es el mejor criterio para formular el tratamiento y para apreciar la utilidad ó la ineficacias de los agentes terapéuticos puestos en uso.*»

DIVISION DE LA OBRA.

Dividese esta importante obra en dos partes, en la primera y ántes de entrar en materia, fiel el Sr. Rodríguez Abaytua á sus amores clínicos, vuelve sobre ellos y exclama en este sentido párrafo:

«Deseando que el libro que hoy damos á la imprenta corresponda al sucesivo progreso de la *Termometría médica*, cuya importancia no es, por lo general, debidamente apreciada en nuestra patria, por lo que aún en el día el termómetro sólo ocupa el lugar que merece en manos de muy contados prácticos, le dividimos en dos partes distintas.»

En esta primera parte, y en los seis capítulos de que consta, trata primero de la historia de la termometría en la que comenzando por la etimología de la palabra *piretología*, término puesto por *Hipócrates* al estudio de la fiebre, pasa por *Sanctorius*, *Van-Swielen*, *De-Hahen*, *Ch-Martin*, *Blagdeun*, *J. Hunter*, *Crawfol*, *Currie* y otros. Vindicando á la Medicina patria del olvido en que generalmente se la tiene en España y en el extranjero, transcribe un párrafo de las *Ordenanzas para la enseñanza de la Medicina en 1793*, en que se mandaba ya hacer uso del termómetro como instrumento clínico en *Madrid*, en el *Estudio Real de Medicina práctica*. Sigue y se detiene en todo lo que más tarde se ha dicho de la termo-patología por autores nacionales y extranjeros; hace una completísima historia, biográfico-bibliográfica de la termometría clínica, demostrando en esto el buen gusto de elegir lo mejor que se halla esparcido en gran número de obras, memorias y notas.

En los últimos párrafos se ocupa, á fuer de agradecido y cariñoso discípulo, en quien vive siempre la memoria del maestro, de mi malogrado cuanto querido amigo y compañero el *Dr. D. Ecequiel Martín de Pedro*, perdido en mal hora para la ciencia, y le dedica un merecido recuerdo, por lo que contribuyó con su talento y práctica á propagar este método de investigación clínica. En otro capítulo habla de la técnica de la termometría, extendiéndose en juiciosísimos detalles acerca del termómetro, definiéndole, examinando las diferentes clases que de él se conocen hoy, y las ventajas é inconvenientes de cada una, adoptando los dos de Celsius, el de Giesler y Latour, y el de Frastré, modificado por Jaccoud: el sitio de elección para la colocación del instrumento, su manera de aplicarle, las precauciones que para esto deben tomarse, y el modo de hacer y llevar los registros y curvas térmicas, son detalles que recorre de un modo tan práctico y claro, que satisfarán aun á los ménos iniciados en estos trabajos.

En el capítulo 3.º, acaso uno de los más interesantes, mejor estudiado, y más cuidadosamente escrito, de toda la obra, se ocupa de la producción del calor: voy á copiar al pié de la letra parte del primer párrafo, para que pueda apreciarse la verdad de lo que dejo dicho. «La fisiología moderna asienta como verdad universalmente reconocida, que todas las metamorfosis que se realizan en el organismo, pueden engendrar calor. Decimos metamorfosis, y no oxidaciones, porque si bien es cierto que las combustiones provocadas por

»el oxígeno, que el trabajo osmótico de la célula pulmonar introduce incesantemente en la economía, representan el más importante origen de la calorificación, tampoco es ménos innegable que ciertas transformaciones isoméricas de la materia, y ciertos desdoblamientos de las sustancias albuminoideas »é hidrocarbурadas, en que no interviene el oxígeno como agente de combustión, pueden igualmente rendir desprendimiento de calórico.»

Más adelante, y extendiéndose en analizar las teorías fisiológicas y químicas más modernas acerca de la génesis del calor animal, se expresa así:

«La calorificación no es, pues, una función de un órgano especial, sino una »propiedad general perteneciente á todos los órganos, á todos los tejidos, que »revela los fenómenos de su nutrición, y que se exagera en el momento de la »actividad de aquéllos.»

Con gran detenimiento estudia el papel que la sangre, los sistemas muscular, nervioso y glandular, representan en la producción del calor.

La transformación del calor, objeto hoy de profundas investigaciones científicas en el extenso campo de las ciencias, le ocupa largo espacio, presentando curiosos experimentos seguidos de atinados juicios, en que hace jugar á los hombres, que más se señalan hoy en Europa en estos especiales trabajos. Ocupándose de las funciones animales, viene á parar en la demostración del calor sensible y el transformado en pujanza muscular. Trata después de la pérdida del calor, en la que demuestra vastos conocimientos al probar que el calor animal, si se *produjera* y no se *gastara*, traería la perturbación al organismo, y aquí, que ya llega á los últimos límites de la fisiología, deja entrever con mucho ingenio los primeros lineamientos de la patología, como para indicarnos el enlace y trabazón que tienen entre sí estas dos importantes ramas de la biología. Acto continuo habla de los dos métodos para medir el calor, el *directo* y el *indirecto*, y concluye con la demostración de la cantidad de calor perdida por el organismo.

Si valiosos y de importancia son los conocimientos que el Sr. Rodríguez Abaytua explana acerca de la fisiología y la patología en los capítulos que llevo analizados; no son ménos los que demuestra tener en las ciencias auxiliares, que maneja con la desenvoltura propia del que las trata y conoce muy de cerca.

Sentados éstos, que podemos llamar preliminares, viene el capítulo *cuarto*, en donde estudia la temperatura fisiológica presentando con gran acierto y detenimiento las teorías más modernas acerca del grado de temperatura general; topografía, distribución y regulación del calor animal; adoptando como tipo de la temperatura normal $37^{\circ},5$, según la opinión y convenio de la mayor parte de los fisiólogos y clínicos. En diversos párrafos se estudia la fluctuación cotidiana de la temperatura, y las modificaciones que sufre bajo la influencia de diversas circunstancias, con curiosas observaciones de *Chossat*, *Ogle*, *Claudio Bernad*, *Barensprung*, *Ladame*, y otros, de donde se deduce que no es bastante tomar la temperatura una sola vez al día, sino que debe tomarse en dos épocas diferentes, y correspondiendo á cada niptemero, porque en ella se obtiene la media del límite inferior y superior de la fluctuación cotidiana.

Examina después con gran detenimiento y riqueza de datos la influencia

que ejercen en la temperatura diversas circunstancias, como la edad, sexo, constitucion, razas, profesiones, actividad muscular, etc. etc.

Llama la atencion en esta obra la rica variedad en cuadros, tomados de los mejores observadores de Europa y en notas, fórmulas y experimentos que dan al conjunto una importancia de primer órden.

En el capítulo V, muy interesante para los clinicos, porque entra más en el terreno de la práctica, se ocupa de la temperatura patológica, limites en que oscila, division de los valores termométricos, fluctuaciones diarias del calor febril, tipos y estadios de la fiebre.

Estudia los períodos que constituyen el ciclo febril, segun los mejores autores, deteniéndose en cada periodo y marcando en él lo más importante; y termina con la temperatura *post mortem*, en la que hace curiosísimas reflexiones. En un interesante párrafo expone las relaciones de la temperatura con el pulso y la respiracion, y unos instructivos cuadros de *Albarenga* y *Liebermeister*, y la fórmula de *Hardy*, de relacion entre la circulacion, la respiracion y el calor.

No son ménos interesantes que los anteriores los párrafos de comparacion entre la orina y la temperatura, haciendo notar muy detenidamente las modificaciones que este líquido recrementicio sufre durante el ciclo febril. La abundancia de datos, experimentos, teorías y cuadros de estos párrafos les hacen por demas interesantes, y está tan recopilada y escogida la doctrina, y presentada con tal tino é inteligencia, que su lectura evitaria seguramente largas horas de estudio é investigacion, para el clínico á quien se le presentan diariamente otras cuestiones que estudiar y mil otros asuntos en que ocuparse.

La relacion entre la temperatura y el ácido carbónico exhalado y los sudores, el peso del enfermo, la inervacion y un notable estudio sobre el escalofrío y el colapso, terminan este interesante capítulo, en donde se hallan experiencias de reputados fisiólogos, y hechos prácticos de acreditados clinicos, que hacen su lectura tan agradable como instructiva. Al ocuparse en el párrafo 4.º y último de este capítulo de los efectos de la temperatura patológica, lesiones histológicas y funcionales que determina, se hace cargo, con todo el detenimiento que el asunto requiere, de la interesantísima cuestion de la *hiperpirexia*, y del papel que representa en los elementos anatómicos y dinámicos; entre los primeros figuran las modificaciones físicas y químicas de la sangre con las microscópicas cuyo estudio excuso encarecer. Vienen despues las lesiones de los sistemas muscular, nervioso y parenquimatoso, comprobadas por repetidos experimentos.

Terminando con los efectos dinámicos del calor sobre estos mismos sistemas, y probando que las perturbaciones que á éstos corresponden en la hipertermia, son efectos directos de ésta por la relacion comprobada de causa á efecto.

Este capítulo V es digno, por muchos conceptos, de toda alabanza por llevar en sí interesantísimos datos de fisiología patológica de gran utilidad práctica.

En el capítulo VI se ocupa de la *patogenia* del calor patológico. Comienza por la historia de la fiebre desde Hipócrates, viniendo hasta nuestros días por etapas sucesivas; definiéndola por el síntoma calor, que es el más seguro y constante entre todos los que acompañan á este proceso patológico. Se pronuncia

en contra de las fiebres esenciales, admitiendo la teoría de las fermentaciones.

Apoyándose en la etiología y en la observación clínica, se hace cargo de los tres estados en que puede presentarse la fiebre; pasando en seguida á hacer un estudio detenido acerca de la teoría de los nervios sensitivos, de los térmicos, y de los centros nerviosos caloríficos, presentándolas todas con gran copia de datos y de conocimientos fisiológico-patológicos; adoptando lo que hoy reconoce la ciencia como mejor comprobado.

Entra despues en el estudio de la acción de la inflamación en la producción de la fiebre, explanando la teoría de los focos inflamatorios y de la septicemia, registrando la acción de la infección y la teoría parasitaria.

No se declara partidario de ninguna de estas teorías para explicar la producción de la fiebre; señala sus escollos, contrasentidos y puntos débiles, haciendo brillantes y provechosas excursiones, con el criterio de la experimentación, al campo de las ciencias físico-químicas.

Termina, por último, esta primera parte de su obra, tratando de la manera como debe considerarse la termo-patogenia en el estado actual de la ciencia, declarándose partidario de que solamente la acción fisiológica, modificada en su actividad y solicitada por los factores de la temperatura, es la que engendran la calorificación fisiológica. «No hay más que una especie de calórico, dice: que se desarrolle en un foco, ó que se produzca en un organismo, nó por eso es ménos idéntico consigo mismo. El calor animal morboso y el calor hígido sólo difieren por su grado, nó por su naturaleza.» Así continúa reflexionando sobre la temperatura y la fiebre, la calorimetría y la algidez, que ilustra con experimentos, cuadros y fórmulas en extremo provechosas; terminando el párrafo del *análisis cuantitativo de los productos resultantes de las metamorfosis químico-orgánicas* con estas palabras: «Se ve, pues, que hay perfecto acuerdo y unanimidad completa para confesar la ignorancia de la ciencia sobre la materia, que se refiere al modo de obrar las causas morbíficas para activar las metamorfosis orgánicas, fuentes del calor animal, y declarar la fiebre.

Ultimamente se ocupa de la *algidez*, importantísimo fenómeno no estudiado aún cual merece, y que juega en clínica un gran papel, que ántes del estudio de la termo-patología, ó no se definía, ó se definía mal, pasando muchas veces desapercibido. Dos condiciones importantes se refieren á este fenómeno: *producción insuficiente, ó pérdidas exageradas*, dice con gran razón el señor Rodríguez Abaytua, y señala los varios casos en que la hipertermia puede tener lugar, y sus causas conocidas en la inanición y en diversos estados patológicos que enumera.

En la segunda condición, ó sea las pérdidas exageradas de calor, coloca la primera de las causas el enfriamiento, y se extiende en serias y atinadas reflexiones, enumerando las diferentes circunstancias en que fenómeno tan importante como frecuente se presenta, haciendo juiciosas consideraciones acerca del traumatismo, las quemaduras, la conmoción cerebral, la hemorragia del cerebro y otras.

Aquí termina la primera parte de la seria y concienzuda obra de termometría médica del Sr. Rodríguez Abaytua; parte nutrida de ciencia y de erudición, donde abundan importantísimos datos y hechos sobre fisiología, fisiolo-

gía-patológica, química y física animal, así como gran copia de teorías modernas escogidas entre las mejores y más aceptables, adornadas todas con los bellos rasgos de su ingenio é imaginacion, y pesadas con un criterio muy sentido, sin dejarse llevar de la pasion de escuela ni del espíritu de sistema.

Esta primera parte puede considerarse como un medio de preparacion para entrar más tarde en un estudio más práctico y más complicado, al que es fuerza llevar todos aquellos materiales que le son necesarios para marchar desembarazadamente por entre el laberinto clínico, y que son á modo del hilo conductor que el Sr. Rodríguez Abaytua entrega, con tanta generosidad como modestia, al que quiera engolfarse en el estudio de la especialidad que él con tanto provecho cultiva. Sin la preparacion de esta primera parte, sería expuesto á perderse ó volverse atras sin sacar el partido que la termometría clínica ofrece. Aquí está el secreto de la termopatología; el que sin estos estudios previos trate de hacer aplicaciones clínicas, desfallecerá seguramente y abandonará estudio tan provechoso por no haber seguido, etapa por etapa, las que el Sr. Rodríguez marca en su tratado, que aconsejo lean con detenimiento los que quieran imponerse en este género de estudios, y quedarán convencidos del interes que hoy tiene para el Médico el estudio del calor en la clínica.

De muy buena gana me habría detenido en analizar párrafo por párrafo toda la obra que hoy tengo la honra de criticar, sin títulos bastantes para ello, para hacer resaltar las muchas bellezas científicas que encierra; empero ¿si pasando ligeramente sobre aquélla ha resultado un trabajo tan largo, qué no sería haciéndolo más detenidamente?

En el número inmediato nos ocuparemos del estudio crítico de la segunda parte.

Madrid 15 de Junio de 1881.

EDUARDO PÉREZ DE LA FANOSA.

PARTE OFICIAL.

Real orden de 6 de Junio de 1881. Desestimando instancia del Médico primero, con destino en la Academia de Infantería, D. Juan Merino y Aguinaga, en solicitud de que se le concediese la gratificacion que el reglamento de dicho establecimiento consigna á los profesores del mismo.

Id. de 8 de id. Concediendo cuatro meses de licencia por enfermedad para la Península al Médico primero de Ultramar del Ejército de Cuba, D. Urbano Orad y Gagías.

Id. de id. de id. Idem id. id. por el expresado concepto al Médico mayor de dicha Antilla, D. José Delgado y Rodríguez.

Id. de id. de id. Idem id. de id. id al Farmacéutico primero del Ejército de la expresada Isla, D. Ricardo García y Segond.

Id. de id. de id. Aprobando que el Capitan general de la Isla

de Cuba haya dejado en suspenso la concesion que habia hecho al Médico primero, D. Eliseo Muro y Morales, para regresar á la Península á continuar sus servicios por haber cumplido en aquella Isla el tiempo de obligatoria permanencia.

R. O. de 8 de Junio de 1881. Concediendo un mes de próroga á la licencia de dos, que por enfermo disfrutaba en Madrid el Médico primero D. Federico García Sierra y Alonso.

Id. de 10 de id. Resolviendo que el Médico segundo procedente de la Isla de Cuba, D. Pascual García y Aparicio, conserve con carácter de personal en la Península el empleo de primero y grado de mayor.

Id. de id. de id. Concediendo dos meses de licencia por enfermo para Tiana (Barcelona) al Médico mayor D. Juan Buixó y Font.

Id. de id. de id. Asignando la antigüedad de 11 de Agosto de 1874 en el empleo de Médico primero al que lo era mayor de Ultramar, D. José Sánchez y Agudo, y resolviendo conserve en la Península como personal el citado empleo de Médico mayor.

Id. de 11 de id. Concediendo dos meses de licencia por enfermo para Alceda y Santander al Médico primero D. Ignacio Escudero y Santillana.

Id. de id. de id. Concediendo la licencia absoluta al Farmacéutico segundo D. Manuel Gan y Cubero.

Id. de id. de id. Desestimando instancia del Médico primero de Ultramar, D. Julian Morlanes y Sevilla, en solicitud de recompensa por los servicios de campaña prestados en Cuba.

Id. de id. de id. Concediendo dos meses de licencia para Panticosa y Alhama de Aragon al Médico mayor D. Enrique Palahí y Moragas.

Id. de id. de id. Promoviendo al empleo de Subinspector médico de segunda clase, con destino de Director del Hospital militar de Burgos, á D. Antonio Poblacion y Fernández; id. al de Médico mayor, pasando á prestar sus servicios al Hospital militar de Barcelona, á D. Ramon Nin y Bosch; y al de primera, quedando en situacion de reemplazo en Madrid, á D. Eustaquio Mauri-Vera y Serrano.

Id. de 13 de id. Nombrando Médico auxiliar del Batallon depósito de Albacete al recluta disponible del mismo, licenciado en Medicina y Cirugía, D. Laureano Cortés y García, quien figuraba inscrito en el Registro de la Reserva facultativa de Sanidad militar.

Id. de id. de id. Concediendo permuta en sus respectivos des-

tinios de director del Hospital militar de Sevilla y Cádiz á los Subinspectores médicos de segunda clase D. José Gazul y Basas y don José Noriega y Gómez.

Disposiciones de la Direccion general.

Han sido destinados : al Hospital militar de Granada , el Médico primero, mayor personal, D. Antonio Méndez y Vellido : á la Junta Superior Facultativa y Económica del cuerpo como oficial auxiliar, y á la Secretaría de esta Direccion general respectivamente, los de igual clase, D. Isidro Ortega y Alcalde y D. José Martínez y García Diego: al primer Batallon del primer Regimiento de Ingenieros, el Médico primero, mayor graduado, D. José Grasa y Pérez ; al Batallon Cazadores de Barcelona el del propio empleo y grado, D. Teodoro Almenara y Latorre ; al segundo Batallon del primer Regimiento de Artilleria á pié , el Médico primero, mayor personal , Subinspector de segunda clase graduado don Luis Oms y Miralbell ; al Batallon Cazadores de Llerena, el de la misma clase D. Saturnino Palanco y Grima ; al Hospital militar de Bilbao el de igual empleo, mayor personal, D. Agustin Muniozgueren y Casanova; á los Batallones de Cazadores de Segorbe y de la Habana respectivamente, los primeros con grado de mayor, don Domingo Codoñer y Blat y D. Lorenzo Alonso y Ruiz Marban; á situacion de reemplazo, á su peticion, con residencia en Madrid y Corrales (Zamora) respectivamente, los de igual empleo y grado D. Manuel Brenes y Agut y D. Enrique Sánchez y Manzano ; y al primer Batallon del Regimiento Infanteria de Guipúzcoa, el Médico segundo, primero personal, mayor graduado, D. Indalecio Garrido y González.

VARIEDADES.

En una nota de M. Hayem , presentada por M. Vulpian á la Academia de Paris , acerca de los efectos fisiológicos y terapéuticos de las inhalaciones del oxígeno, hallamos los siguientes datos.

Efectos fisiológicos.—El oxígeno administrado en inhalaciones á la dosis de 40 á 90 litros por dia , distribuido en dos veces , y mezclado con una cantidad indeterminada de aire atmosférico, produce un estímulo bastante enérgico en las funciones llamadas de nutricion. Aumenta el apetito, eleva ligeramente la temperatura , acelera la circulacion y adquiere mayor peso el cuerpo. La ac-

cion del oxígeno sobre la sangre es muy clara ; excita la formacion de los glóbulos rojos, y eleva de 5 á 10 por 100 la hemoglobina de éstos ; pero estos efectos son pasajeros , puesto que desde que se suspenden las inhalaciones , vuelve la sangre rápidamente á su primitiva constitucion anatómica. El Dr. Aune ha experimentado , durante el tiempo que estuvo sometido á la influencia del oxígeno , algunas otras sensaciones, que consistian en una ligera embriaguez y hormigueo en las extremidades.

Efectos terapéuticos. —El oxígeno presta servicios innegables en las clorosis , acompañadas de perturbaciones digestivas. Reanima el apetito , hace cesar los vómitos si existen , despierta el movimiento de asimilacion , aumenta el peso del cuerpo , y los análisis de orina indican un aumento considerable en la cantidad de urea eliminada , elevándose en algunos enfermos desde 10 hasta 35 ó 40 gramos de urea en las 24 horas. La cantidad de glóbulos rojos es mucho mayor, pero su valor cualitativo no mejora la accion del oxígeno sobre la nutricion general , es análoga á la de la hidroterapia , que estimula igualmente el movimiento nutritivo y la formacion de glóbulos rojos, sin modificar de una manera sensible las alteraciones individuales de estos elementos ; pero donde las inhalaciones de oxígeno ejercen una accion verdaderamente eficaz , es contra los vómitos, cualquiera que sea su causa. Lo mismo en los vómitos de la dispepsia dolorosa que en la dispepsia con dilatacion del estómago, que en otros vómitos nerviosos incoercibles, el oxígeno los ha suspendido , obteniéndose una curacion rápida.

El Dr. Renzi ha observado la disminucion evidente de la albúmina en la orina á consecuencia del uso de la fuchsina. Administra este producto en píldoras que contengan dos centigramos y medio de fuchsina , pudiendo elevar la dosis hasta administrar á los enfermos 25 centigramos durante el dia.

La orina toma una coloracion rojiza, que se mantiene constantemente durante el tratamiento. Cuando la fuchsina no pasa á la orina , es señal, segun el autor, de que no hay destruccion orgánica esencial, y en este caso no obra contra la albuminuria ; la fuchsina ejerce tambien una accion favorable, cuando la orina encierra

mucus, lo que sucede casi siempre en la enfermedad de Bright. Al poco tiempo del tratamiento, el mucus desaparece completamente.

La cirugía abdominal ofrece de día en día nuevos horizontes, y adelanta majestuosamente al impulso de operadores como Billroth, que ha obtenido en Febrero último un brillante éxito al practicar con su habitual destreza la extirpacion de un cáncer del estómago. La *Wiener Medicinische* lo refiere en los siguientes términos: una enferma, de cuarenta y tres años de edad, buena salud habitual, dió á luz ocho niños, á los cuales lactó. En Octubre de 1880 principió á tener vómitos, desarrollándose en breve los síntomas de carcinoma gástrico y stenosis del píloro. Largo tiempo fué grande su resistencia á dejarse operar; la pertinacia de los vómitos y la rápida demacracion consecutiva, llegaron á amedrentarla con el fundado temor de muerte próxima, cuando se decidió á acceder al deseo de Billroth. Este hábil operador la lavó entónces el estómago con un tubo de su invencion, y percibió luégo un tumor movable en la region gástrica; trazó sobre él una incision profunda de ocho centímetros de longitud, cayó sobre el píloro, encontrando un cáncer nodular que se extendía al tercio inferior del estómago despues de aislar los tejidos afectos, del colon y omento, ligó los vasos y escindió el estómago un centimetro detras de la parte cancerosa. Practicó otra incision paralela en el duodeno, á otro centimetro de separacion de lo infiltrado por el proceso carcinomatoso, aproximó entónces el intestino á la abertura practicada en el estómago por la completa extirpacion del neoplasma: cincuenta puntos de sutura con seda fenicada unieron los bordes de la solucion de continuidad; durante la operacion se consiguió la anestesia por medio del cloroformo, sosteniendo su accion la hora y media que se invirtió en el procedimiento operatorio. Ni en el dia que éste tuvo lugar, ni en los subsiguientes, apareció síntoma alguno alarmante: se desvanecieron los vómitos, las digestiones se regularizaron, comenzó la enferma á nutrirse visiblemente, y al cabo de un mes el restablecimiento era completo, viéndose coronada por la fortuna la audacia científica de tan justamente celebrado operador aleman.

A propósito de los suministros hechos por la Administración militar al cuerpo expedicionario á Túnez, dice *Le Progrés Militaire*.

«Desde el 25 de Abril al 26 de Mayo las tropas de la columna del general Logerot recibieron seis ó siete raciones de pan negro y averiado. Desde el 26 de Mayo al 9 de Junio se suspendió en absoluto la distribución, viéndose obligadas las tropas á comprar el pan á los judíos y á los árabes á un precio *algo subido*.

En cuanto al vino, no podía ser peor, y el aguardiente sólo tenía de tal el nombre.

Por otra parte, las ambulancias encontráronse desprovistas de los más precisos medicamentos para contrarrestar las influencias del clima, y que son en aquellas regiones de primera necesidad.»

Esta noticia no necesita comentarios. Si las ambulancias estaban desprovistas de los medicamentos más precisos, la responsabilidad recae entera sobre el Ministro de la Guerra, Farre, que aún no ha llevado al terreno de la práctica la última ley que confiere el mando absoluto de las ambulancias á los Médicos militares. Los infelices soldados que hayan sucumbido de fiebres perniciosas por carecer en las ambulancias de sales de quinina, y otros casos análogos, pesarán sobre la conciencia del general Farre, si acaso la tiene. Cuando pensamos que los soldados españoles, que jamás han carecido de los medicamentos y medios necesarios para su curación ó alivio, pueden hallarse en las mismas condiciones que siempre, en todas las campañas, se han encontrado y se encuentran los franceses, merced á una administración tan pretenciosa como inepta é ignorante, hacemos votos por que no llegue jamás tan funesto día, y estamos seguros de que no llegará.

Nuestro amigo el Dr. D. José Rodríguez Carracido ha sido colocado en primer lugar por el tribunal de oposición en la terna para cubrir la plaza de catedrático de Farmacia químico-orgánica, vacante en la Universidad Central.

Enviamos la más afectuosa felicitación á nuestro antiguo compañero, por la justicia con que el tribunal ha calificado sus brillantes ejercicios. Ya como oficial de nuestro Laboratorio Central había demostrado la profundidad de sus conocimientos científicos, y cada vez sentimos más verle separado del cuerpo de Sanidad militar.
